

madras. Eran los carabineros que se reunían. La barca siguió internándose en los mares, y el nadador que dejó tras de sí, gritaba con toda su fuerza. Sus movimientos iban haciéndose más desordenados y su voz debilitándose. Pedro se sintió conmovido por los acentos desgarradores de aquella criatura. Un momento antes, no pensaba más que en morir, ahora quería salvar. Se lanzó hacia la ribera, saltando de roca en roca, pasaron silbando por su lado algunas balas, llegó á la orilla, y precipitándose en el mar, nadó vigorosamente hacia el hombre que se ahogaba.

À algunos centenares de metros la barca se detuvo. Los contrabandistas habían desaparecido entre los matorrales de la colina, y sobre el mar brillante como un espejo, vertía la luna su fría y serena luz.

II.

À orillas del mar, sobre el delicioso camino que conduce de Mónaco á Niza, pasando esa y antes de llegar á Villafranca, se eleva en la pequeña bahía que forma una brusca cortadura de la costa, un hotelito pintado de blanco y rosa que baña en el agua azul su terraza cubierta de naranjos y mimosas. Algunos pinos de tronco color rojo y ancho ramaje, enebros de azul oscuro, negras tuyas, crecen sobre la pendiente entre los grupos de rocas, en medio de las malezas, convirtiendo en bosque salvaje este vallecillo tranquilo, aislado y silencioso. Un puertecito, garantido naturalmente por un muelle de arrefices, sobre los cuales se rompen las olas formando torbellinos de espuma, contiene dos lanchas de paseo, inmóviles en las aguas tranquilas y transparentes, y á las cuales las hierbas del fondo dan un color verde esmeralda. La tierra roja absorbe el sol y calienta la atmósfera de este rincón abrigado donde reina todo el día la temperatura de una estufa. Por la tarde el aire es vivo y lleno de exquisitos perfumes exhalados por los árboles de hojas imperecederas y las plantas de flores sin cesar renovadas.

Algunos botes de pesca vienen de Beaulieu, y al ir hacia Mónaco, cruzan lentamente á lo ancho y animan el horizonte con su marcha perezosa. El ferrocarril que pasa á media colina por detras del hotelito, turba sólo con su rodar el silencio riente de este lugar apacible. Hace dos meses que la señora de Vignes ha venido á residir en este sitio con su hijo y su hija, lejos de la vida agitada de París, en el dulce y saludable reposo de este país encantador.

Viuda á los treinta años, después de una existencia llena de disgustos por un marido de mal vivir, la señora de Vignes se consagró con gran talento y profunda ternura á la educación de sus hijos. Santiago, guapo mozo, rubio, de espíritu apasionado y carácter ardiente, á pesar de los prudentes consejos que cuotidianamente recibía, probó muy pronto que era hijo de su padre. Su hermana Julieta, cuatro años más jóven, había tomado, por feliz contraste, la grave sabiduría de su madre. De manera que si uno podía preparar á la viuda serios disgustos, el otro parecía destinado á consolarla. Entre estas dos naturalezas tan diversas, la señora de Vignes, vivió hasta los cuarenta años en relativa quietud. Santiago muy inteligente y bastante laborioso, terminó con brillantez los estudios. Su salud,

delicada durante la infancia, concluyó por consolidarse, y al llegar á la mayor edad era un hermoso muchacho de talle alto y esbelto, bigotes muy rubios y ojos azules. No tardó en abusar de su figura.

Dueño de la fortuna de su padre, se emancipó muy pronto, instalandose en una elegante habitación, donde comenzó á gozar los placeres de la vida alegre. Iba, sin embargo, de tiempo en tiempo, á comer con su madre. Con frecuencia le acompañaba unos de sus camaradas de infancia, el pintor Pedro Laurier. Aquellas noches se solemnizaban en la casa y Julieta prodigaba tiernas atenciones al hermano y dulces sonrisas al amigo que, con más ó menos razón, se imaginaba tenía alguna influencia en la visita del hijo pródigo. Durante estas horas trascurridas harto de prisa, la señorita de Vignes, que sólo contaba entonces catorce años, permanecía como en éxtasis ante los dos muchachos.

Pedro Laurier, con su figura inteligente y móvil, sus ojos penetrantes, la boca sarcástica y la frente arrugada, la inspiró miedo algún tiempo. Pero bien pronto se dió cuenta de que la extravagancia de su carácter no era más que consecuencia de sus preocupaciones artísticas, y que su acento burlesco le servía para enmascarar la habitual bondad de su

30633

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
MATEO RAMOS DE YESO
1605 MONTESREY, MEXICO

corazón. En medio de sus fantásticos discursos notaba ella muy claro el amor al arte que le arrastraba invenciblemente, y en sus fogosas peroratas descubría la pasión por lo verdadero y lo bello. Julieta había adivinado, con penetración singular, que el pintor hacía todos los esfuerzos posibles por moderar la vida disipada de Santiago, y por tanto, la influencia que sobre él ejercía no podía menos de ser favorable. Desde entonces creció su simpatía hacia Pedro Laurier quien la trataba fraternalmente, endulzando de este modo la aspereza de su escepticismo y convirtiéndose en un muchacho inocente y travieso para ponerse á su alcance.

En esto demostraba él poca penetración, porque Julieta, con su inteligencia precoz, estaba perfectamente en estado de comprenderle. Pero Pedro se obstinaba en no ver en ella más que una muchacha traviesa, escuchándola con asombro cuando, interesada por alguna conversación, se atrevía á formular en frases tímidas juicios de sorprendente justicia. No la concedía el honor de la inventiva y pensaba: Esta muchachilla es asombrosa, retiene todo lo que oye y siempre lo aplica oportunamente. ¡Todas las mujeres tienen algo del mono para imitar y de la cotorra para repetir!

Sin embargo, si Julieta tenía en materia de arte preciosas facultades asimilativas, se mostraba muy personal en la tierna efusión con que hacía patente el agradecimiento á Laurier por la protección que dispensaba á su hermano. Entonces no imitaba á nadie, no repetía. Era el corazón mismo de la niña quien hablaba, y el pintor, por absorto que estuviese en las preocupaciones á las cuales era singularmente afecta la señorita de Vignes, no había podido menos de notar aquella emoción y aquel agradecimiento.

Un pequeño accidente, cuya verdadera significación sabía él solo, acababa sin embargo de producirse abriéndole los ojos por completo. Tenía costumbre de hacer siempre un regalo el día de Santa Julieta á aquella niña que conocía desde que vino al mundo. Mientras fué pequeñita, este regalo consistía en muñecas vestidas con trajes magníficos, hechos á gusto del pintor y confeccionados según sus indicaciones, como si debieran servir de modelo para alguno de sus cuadros. Cada vez que invitado á la comida, llegaba el día del santo, con la muñeca anual en sus brazos, prorrumpían todos en exclamaciones de sorpresa y gritos de alegría. Laurier cogía á la niña dándole un sonoro beso en cada mejilla, y la decía con su voz áspera:

—Esta sí que es hermosa ¿eh?... Una Veneciana... ¡Epoca del Ticiano!...

Después se ponía á hablar con la señora de Vignes y Santiago sin preocuparse más de la muchachuela, que permanecía en éxtasis ante la patricia de esmalte, vestida de seda y oro. Sin embargo, cuando Julieta tuvo catorce años, pensó él que las muñecas comenzaban á estar fuera de tiempo, y se puso á buscar algún regalo serio. Por fin encontró una cajita, obra del siglo XVIII, guarnecida de encantadores utensilios y preciosos dibujos. Según su costumbre, llegó aquel año á la hora de comer, encontrando solo á Santiago en el salón. Los dos amigos se estrecharon la mano y Laurier preguntó en seguida por Julieta.

— Está vistiéndola mi madre, — respondió Santiago.—Hoy es un asunto importante ¡su primer vestido largo! Han querido hacernos este honor, de modo que calcula ¡gran suceso! El peinado hubo que cambiarlo también... No era posible llevar los cabellos sueltos por la espalda con el vestido nuevo... ¡Ha sido preciso recogerlos en un moño!

Todavía estaban riéndose cuando se abrió la puerta y en vez de la niña que Laurier estaba acostumbrado á mirar, se presentó en el salón una joven tímida y algo cortada, pero

siempre encantadora. No corrió ya hácia el pintor, como de ordinario, con infantil curiosidad. Le tendió gentilmente la mano y se detuvo turbada, confusa, ante los dos jóvenes. Pedro la miró sonriendo:

— ¡Está muy bien así, Julieta!... Si me fuese permitido hacer una ligera crítica, desaprobaba esos rizillos sobre la frente... Las personas que como tú tienen una cara tan linda y un nacimiento de pelo tan bonito, deben llevar la frente descubierta... Levántate esos cabellos... ¡Verás cuánto mejor te sientan!

Después sacó de su bolsillo el regalo preparado:

— ¡Mira... es un objeto útil! Yo también he querido tratarte hoy como á persona de respeto.

— ¡Oh! es muy bonita—exclamó la niña mientras sus ojos brillaban de alegría.—Mira, mira, Santiago!

— Es una obra de arte, hermana mía... Este pintor ha hecho una locura. ¿No le abrazas lo menos en señal de reconocimiento?

Esa era la costumbre. Hacía algunos años que aquel día abrazaba Pedro á Julieta, y sin embargo permanecieron un instante, turbados, uno en frente del otro. ¿Era el vestido largo ó el nuevo peinado lo que causaba á los dos aquel embarazo? Quizá sentía la niña convertirse repentinamente en mujer, como capullo

de rosa que se abre al primer sol. y el pintor no vió aquel movimiento espontáneo que fraternalmente le empujaba hácia Julieta.

Fué preciso que Santiago les mirase un poco asombrado, exclamando:

—¡Pero, vamos! ¿qué es lo que os pasa? ¿Es que ya no os conocéis?

Entonces la señorita de Vignes dió un paso, Pedro anduvo dos, y se encontraron uno en brazos del otro. El jóven inclinó su cara hácia el rostro de la amiguita. Esta se levantó un poco sobre las puntas de los pies, y, presa de emoción singular, dió un beso a Laurier, quien la sintió temblar y la vió palidecer. Toda la noche permanecié él inquieto, silencioso, como abstraído por secreta preocupación.

Desde entonces se mostró más circunspecto en sus relaciones con Julieta, mirando mucho sus palabras. Observó también que en sólo el trascurso de una semana la niña sufrió rápida transformación. El talle se había vuelto flexible y redondeado, el cutis adquiría la tersura del terciopelo, perdía en su modo de andar la vivacidad de la edad primera, haciéndose más pausada y elegante. La crisálida indiferente se había abierto, dejando paso á una brillante mariposa que atraía la atención irresistiblemente. Efecto de esta metamorfosis, se produjo en el espíritu de Pedro una agitación contra la cual apenas podía obrar.

Soñó todo lo contrario de lo que hasta entonces había invadido su imaginación. Los triunfos artísticos, la existencia libre hecha para asegurarlos, la excitación del pensamiento por la variedad de sensaciones, todo lo que constituía el programa de su vida pasada, lo consideró absurdo y despreciable. Pensó que la calma del hogar, la paz del corazón, la regularidad de los días bien empleados, debían preparar también la obras bellas, presentando mayor manantial de inspiración la regularidad del trabajo que no los esfuerzos de un momento. El matrimonio se le apareció como una fuente nueva donde podría hallar mayor energía. Meditó en realizar su proyecto dando palabra de casamiento, y poco á poco llegó á mirar á la señorita de Vignes con tal ternura, que aquel sentimiento no tenía ya relación alguna con los juegos infantiles de otros días.

Nadie lo notó más que ella. Ni su madre, demasiado inquieta con la vida desordenada de Santiago, ni éste, ocupado siempre en sus placeres, supusieron un sólo instante lo que pasaba en el ánimo del pintor. Julieta, asombrada al principio en presencia de aquella modificación rápida de los sentimientos de su amigo, feliz después al considerarse amada por el que miraba como á un hombre superior tuvo que sufrir bien pronto las amarguras de

una desilusión. La llama que había estallado y que al parecer debía seguir brillando de modo tan violento, se apagó repentinamente. Pedro, que iba casi todos los días á casa de la señora de Vignes, dejó de ir poco á poco, limitándose á las intermitentes visitas de otras veces. Todas las bellas esperanzas, secretamente acariciadas por la jóven, desaparecieron como ensueños de un día.

Sin embargo, no se resignó tan fácilmente y puso empeño en averiguar la causa que retenía al pintor. Una tarde, aprovechando la visita de Santiago que venía á pasar algunos instantes al lado de su madre, Julieta se atrevió á manifestar su asombro por la larga ausencia de Pedro Laurier.

—¿Es que no está en París?—preguntó.

—Sí—respondió Santiago—pero no sale apenas de su estudio. Le ha acometido la fiebre del trabajo.

Julieta respiró. El trabajo era una rival á quien no temía. Prosiguió:

—¿Y qué hace?

—Un retrato.

Al oír estas palabras, dichas negligentemente por su hermano, se estremeció la jóven. Le parecía que su tono encerraba una vibración amenazadora. Aquel retrato no podía ser un retrato ordinario. Y esta obra á la cual se consagraba

Pedro con verdadera pasión, debía influir grandemente en el destino de todos. Julieta vió llenarse de sombras el espacio en derredor suyo como si el sol se hubiese ocultado. Presentimientos dolorosos le oprimieron el corazón. Replicó:

—¿Y ese retrato es de alguna persona conocida?

—¡Oh, ya lo creo! muy conocida.

—¿Quién?

—Una actriz.

—¿Cómo se llama?

Santiago se echó á reír, mirando á su hermana con sorpresa:

—Estas muy curiosa esta tarde. ¿Me quieres decir para qué te sirve saber si el original del retrato de Pedro se llama Fulana o Mengana?

—Me interesa, y nada más.

—Pues bien; la dama del retrato es Clemencia Villa. Una mujer pequeña, morena, de ojos negros, preciosos dientes, reputación execrable y muy poco talento. A pesar de esto ó á causa de esto, mejor dicho, alcanza grandes éxitos. ¿Te interesa también su edad? Pues tiene veinticuatro años próximamente. ¿Su patria? La hermosa Italia; país del *vermouth* y la *mortadella*. ¿Sus opiniones? Comunista, si no para el dinero, al menos para

El alma de Pedro

el corazón... Pero me haces decir tonterías. ¡Esto trae hablar con chiquillos! Conténtate con saber que el retrato es hermoso y la reputación de Pedro no perderá nada.

Hablaron después de otros asuntos, pero la impresión penosa recibida por Julieta persistió. Pensaba, á pesar suyo, en la mujer que no podría menos de inspirarle serics recelos, suponiendo que fuese amada por aquel á quien servía de modelo. Se decía: ella es seguramente la que le hace olvidarme. Desde que la conoce, no he vuelto á verle. No se atreve á venir.

En sus inocentes inducciones, Julieta se acercaba mucho á la verdad. Pedro experimentaba en casa de la señora de Vignes cierto sentimiento de vergüenza. Creía ser observado por la hermana de su amigo. Su conciencia intranquila le reprochaba el haberse alejado tan pronto después de avanzar sin premeditación. Se juzgaba despreciable y creyó ser despreciado. Concibió un descontento que iba apartándole cada vez más de aquella á quien él respetaba demasiado para pensar ahora en amarla. Se argüía á sí mismo: Te has conducido como un verdadero canalla, te has arriesgado á turbar el corazón de esa niña por satisfacer un momento de capricho, y después has cambiado de sentimientos y de ideas, ol-

vidándola por la primer mujerzuela encontrada en su camino. Vete con tus ramerás, no eres digno más que de ellas, y estáis hechos para entenderos. Arrojado en la fiebre de una falsa pasión, agosta tu espíritu en malsanas borracheras, confínate en las groserías de tus amores casuales.

No aspire más á la pureza, á la alegría de la casta y santa ternura, no busques el cutis nacarado, la frescura de Julieta. La nieve que nadie á hollado con su planta, no es para ti que has preferido el barro pisoteado por todo el mundo.

Y para conformarse á la regla de conducta que su amargo pesimismo le imponía, se arrojó el pintor más ardientemente en el placer, preocupándose cada vez menos de moderar los excesos de Santiago, hasta llegar á compartir con él sus locuras. Pero esto, que no era más que objeto de turbación moral para uno, era para el otro grave causa de debilitamiento físico. Si Pedro atravesaba sin resentirse el infierno devorador de aquella vida Santiago, de naturaleza menos robusta, consumía en ella sus fuerzas y agotaba su vida. Laurier parecía de hierro: lo mismo hacía frente al placer que al trabajo. Después de haber pasado noches enteras de locura, se le encontraba en su despacho con la paleta en la mano

como si saliese del lecho después de dormir tranquilamente ocho horas. La vibración más metálica de su voz y un estado febril y activo en todos sus ademanes, eran las únicas huellas de las fatigas pasadas. Y por la noche estaba pronto á recomenzar aquel género de vida.

Santiago, por el contrario, con la espalda arqueada, el pecho hundido, los ojos profundos, llevaba en toda su persona las espantosas huellas de una debilidad cada vez más completa. Su madre quiso atraerlo hácia ella detenerle en su existencia mortífera. Prometió él acceder á sus deseos, alejarse de la vida de los placeres, reposar, romper con sus costumbres, sus amistades. Pero, á pesar de sus deseos, no tenía valor para cumplir la promesa, y la señora de Vignes, con desesperación profunda, veía seguir al hijo el mismo camino del padre recorriendo todas las etapas, bien conocidas para ella; aumentándose cada vez más su tristeza porque sabía que al fin de aquella senda se encontraba pronta é implacable la muerte.

Sin embargo, la apertura de la Exposición tuvo lugar, y Julieta, que luchaba en su interior con torturante duda, pidió á su madre que la condujera allí. La pintura moderna no la interesaba mucho, lo que la arrastraba

hácia aquel sitio como una fuerza invencible era el retrato de Clemencia Villa, cuyos estudios concordaban de una manera fatal con el cambio de actitud de Pedro Laurier. Acompañada por su madre, ignorante en absoluto de los sentimientos que arrastraban á su hija, recorrió ésta, con paso rápido é indiferente, las salas donde estaban colgados millares de cuadros que pasaban inadvertidos para la señorita de Vignes. Iba, sin detenerse, buscando el único cuadro que la importaba.

De repente quedó inmóvil: delante de ella, en el fondo de la sala, á veinte pasos, encerrado en un marco negro, había un retrato de mujer pequeña, morena, pálida. A la primera ojeada, sin haberla visto jamás, la reconoció y no pudo apartar su vista de aquel punto. Era ella, no cabía la menor duda; ninguna otra podría tener aquella belleza fatal y casi maliciosa que hacía sentir frío en el alma. Julieta esforzándose y rompiendo un círculo de admiradores detenidos ante el retrato, se aproximó.

Su madre, arrastrada por ella, miró el retrato tranquilamente, y exclamó con tono satisfecho:

— ¡Cállala! es el cuadro de Pedro Laurier...
¡Oh, verdaderamente admirable!...

Julieta palideció un poco. Lo que su madre

acababa de decir, lo pensaba ella en aquel instante con profundo dolor. Sí, aquella obra era notabilísima y jamás el genio de pintar se había elevado tan alto. En el delicado y finísimo claro oscuro de la cabeza, adornada con un sombrero de plumas grandes; en el colorido de los hombros y el nacimiento del seno descubierto por el escote de un hermoso vestido Luis XVI; en la postura provocadora de la mano, en la radiación de la mirada y en el encanto de la sonrisa, se traducían la inspiración de un corazón amoroso. El que había visto á aquella mujer, reproduciéndola de modo tan sublime, con tal calor y pasión, estaba locamente enamorado de ella. Y su gracia voluptuosa hacía comprenderlo todo, si bien no todo lo excusaba.

Algunas lágrimas subían á los ojos de la jóven, y su corazón palpitante la ahogaba. Entre la multitud que hacía elogios del cuadro, pronunciando muy alto el nombre del pintor y el de la modelo, la señorita de Vignes sufría de un modo horrible. Dos muchachos, colocados ante el retrato, muy cerca de ella, y que no se conformaban á dejar de ser escuchados, concluyeron sus elogios con estas palabras:

—Por lo demás, él es su amante...

Julieta sintió que le subía la sangre al rostro

como si la hubiesen insultado, y trémula ante la idea de poder escuchar otras palabras que esclarecieran más cruelmente el misterio, arrastró á su madre hácia la sala próxima.

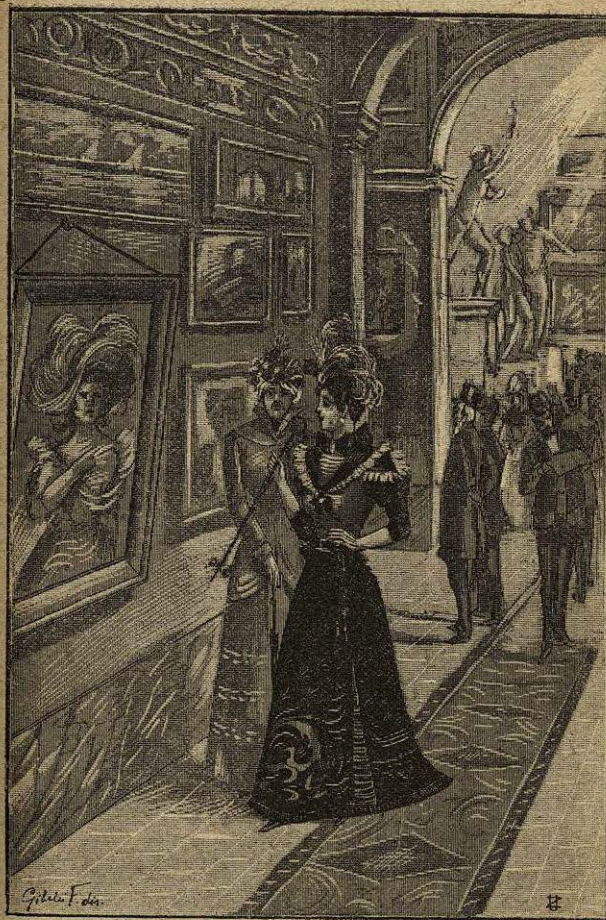
A partir de aquella tarde, Julieta apareció más grave, con un tinte de melancolía que no chocó á la señora de Vignes. Las dos mujeres sólo tenían motivos de pena, y más hubiese chocado á la madre ver en su hija señales de alegría que de tristeza. El estío se había pasado en la soledad del campo. Santiago continuaba en los Balnearios, en Trouville, en Dieppe, su existencia de placer, yendo de vez en cuando á pasar algunos días con su madre; Pedro permaneció mucho tiempo invisible; pero entregado á una encarnizada producción, revelada por los frecuentes lienzos que con su firma se veían en las galerías de los mercaderes de cuadros. Jamás pareció el tiempo más largo ni más triste á aquellas dos mujeres que en los meses transcurridos de Junio á Octubre. Tuvieron lugar sobrado de pensar en los sinsabores que la vida las preparaba para el porvenir.

La estación era magnífica, el cielo no tenía ni una nube, y hacía un calor delicioso. Por la tarde madre é hija recorrían el jardín mirando aparecer las estrellas en la noche clara. Y la calma de todas aquellas cosas ofrecía

con la agitación de su espíritu un contraste doloroso. Paseaban una al lado de la otra, silenciosas, porque querían disimular mutuamente sus penas, marchando en la oscuridad que ocultaba la contracción de sus rostros. Una sensación de vacío inmenso las rodeaba; los dos seres que para ellas tenían importancia en el mundo estaban lejos, y todo les parecía indiferente. El encanto de una naturaleza espléndida pasaba desapercibido. La dulzura del viento cargado de los perfumes de la tierra, la pureza del cielo misterioso, el murmullo de las hojas agitadas sobre su cabeza, todo aquello que tanto las hubiese atraído, si para compartir sus impresiones hubiesen tenido cerca al ser querido, las dejaba frías é indiferentes. Y cada día, cada tarde, el mismo fastidio pesaba sobre ellas invenciblemente.

Julietta se desarrolló mucho, creció bastante, y su rostro se hizo encantador; tenía solo diecisiete años y su gravedad hacia de ella una verdadera mujer. Su madre gozaba contemplándola. La parcialidad que había tenido siempre para su hijo, no la cegaba lo bastante para impedir que notase la gracia encantadora de su hija. Por fin la dijo un día después de haberla mirado largamente.

—¡Estás ya casi hecha una mujer... y muy guapa!



Sí, aquella obra era notabilísima y jamás el genio de pintar se había elevado tan alto.

Pág. 54.